

1755. LISBOA TIEMBLA

RE  
SU  
PRE  
CTA

VIC ECHEGOYEN

Lisboa, 1755.

El día de Todos los Santos amanece soleado y promete una agradable jornada de fiesta. Nada hace presagiar que una serie de terremotos de una intensidad nunca vista hará caer, en apenas instantes, casas, catedrales, iglesias y palacios sobre las cabezas de sus moradores.

El tsunami que los sigue, unido a un incendio apocalíptico, convierte la fiesta en tragedia para el rey y su corte, pero también para presidiarios y busconas, damas, monjes, prelados, cirujanos, soldados, marineros e incluso para un pequeño mono tití.

Relato coral, vibrante y terrorífico a la par que sensorial y humano, *Resurrecta* nos narra, minuto a minuto, las seis horas que transformaron la historia no solo de Lisboa, sino de Europa.

«Porque un médico es una persona que examina a su paciente con cuidado, se fija también en las circunstancias de sus errores, juzga el caso con ecuanimidad, enseña con gentileza cuanto el penitente debe hacer para evitar pecar, prescribe los remedios necesarios para curarlo y los administra con cariño, y al ejercer el oficio de médico, también hace de juez, de doctor y de padre».

Padre Francisco M. Franco, 1794

*Dedicada a quienes jamás se rinden.*

Esta historia sucede en Lisboa y Belén,  
el 1 de noviembre de 1755, desde las  
9:15 hasta las 15:30 horas.



**PRIMERA PARTE:**  
**HORA TERCIA A SEXTA**  
**9:15 a 12:00 horas**

## I. RÉQUIEM

«Señor, concédeles el descanso eterno, y que la luz perpetua los ilumine. Te alaban solemnemente en Sión y te ofrecen sacrificios en Jerusalén...».

### 9:15 horas

En la cubierta de un navío que está descargando tinajas de aceite y carcasas de ganado en un almacén del muelle sobre el Tajo, un marinero lanza un vistazo a las siete colinas de la capital del reino de Portugal, y otro a los retazos de la niebla color zanahoria que se dispersa en la brisa del nordeste. Hoy es el día de Todos los Santos y la aduana no ha abierto, pero la tripulación está en pie desde antes del amanecer, hace tres horas y media, cuando al fin se pudo echar el ancla: esa mañana, la marea se ha retrasado dos horas.

Es día de fiesta y de feria; amén de las banderolas de colores tendidas sobre las calles, se oye el bullicio de bateros, vendedores de escapularios y sardineras. El marinero alza la cara –que exhibe una estrella tatuada con pólvora– hacia el sol que inunda la Explanada o «Terreiro do Paço» ante el palacio del rey, y aspira el tufillo a brea y asado: no ve el momento de saltar a tierra y aprovechar su día de permiso.



Lleva una cajita de madera en el bolsillo: siente que hormiguea y le quema las calzas. Su instinto le dice que quizá valga un tesoro... Conoce a un noble que aprecia rarezas como aquella, pues ya le ha vendido otras que le ha traído de sus viajes.

Si acierta, a cambio recibirá bastante dinero para pagarse un caldero de guisote y una juerga en la calle del Capellán, conocida por los marinos como *la calle puerca* por los puteríos que alberga.

Allí delante, la campana de Santa Justa da los cuartos: si se apresura, podrá atravesar el barrio del centro que llaman Baixa, cruzar el Rossio, llegar a la plaza al norte de la ciudad donde habita el coleccionista y disfrutar de su recompensa antes de que cambie la marea.

## 9:16 horas

A un minuto a pie del muelle, cruzando la Explanada hacia el oeste, un martilleo que no ha cesado en toda la noche y continúa pese a ser sábado de fiesta resuena dentro de un coloso de siete pisos hecho de mármol, con bóvedas pintadas con frescos y columnas recubiertas de oro.

Es la Ópera del Tajo, inaugurada hace exactamente siete meses: es el corazón del reino, como la Patriarcal es su alma y el palacio es su cabeza. El rey, melómano y mecenas gracias al maná de oro que fluye de las colonias, no ha escatimado medios para edificar ese templo a las musas y desde entonces, virtuosos y divos orbitan en torno a Lisboa como antes lo han hecho en Madrid, Nápoles o París.

Dentro de tres días se estrenará *Antígono*, una fantasía de venganza y pasión en la Antigüedad escrita por Metastasio a la que asistirá toda la corte. Como un niño que quiere saber qué regalos recibirá en Navidad, el rey ha es-

piado un ensayo días antes, oculto tras la cortina de un palco, mientras los músicos fingían ignorar su presencia.

Los nervios afloran y las disputas retumban en el foso de la orquesta, donde el compositor, Antonio Mazzoni, se pelea con el director, David Perez, por el ritmo de una fuga. Entretanto, el arquitecto del teatro y diseñador del decorado, Giovanni da Bibiena, dirige a los tramoyistas que ensamblan la acrópolis del rey de Macedonia; en el escenario, el tenor Gregorio Babbi se enfunda su silueta de bailarín en una coraza de hojalata.

—¿Qué hacéis aquí, señor? Os creía cantando en Santa-rém —se sorprende Perez al ver entrar al *castrato* Caffarelli, la voz de Dios para sus adoradores y *El Caprichoso* para los músicos que sufren sus rabietas. Esta vez, el divo canta el papel de un protagonista, Demetrio.

—Yo también, pero me desperté con pereza —responde este, alzando sus hombros de atleta y echando atrás su melena de león: sin más, empieza a calentar la voz improvisando variaciones sobre un aria que hace brotar lágrimas de arrobó en los presentes. Pronto se le unen los gorgoritos de otro *castrato*—. ¡Ah, no, Luciani! Otra nota en falso y, aunque seáis la estrella, juro que os daré tal tunda que ya solo podréis cantar con las sardineras del mercado.

Domenico Luciani, que interpreta a la princesa Berenice, le tira la partitura a la cabeza. Y así, entre pullas y blasfemias, se ponen a afinar todas las tesituras de voz de varón, desde el bajo hasta los *castrati* de coloratura, pues ninguna hembra puede poner un pie en escena como cantante, bailarina o música; solo niños o actores pueden interpretar a ninfas y pastoras. Así ha sido siempre, y así será mientras la Ópera del Tajo exista.

**9:17 horas**

A diez minutos de la Ópera, subiendo por la calle de San Pablo al noroeste detrás del río, el teniente Bartolomeu de Sousa, de diecisiete años, suspira en su puesto de vigilancia en la Casa de la Moneda y se pasa la mano por la cara ansiando que le brote al fin la barba. Por un momento, desea convertirse en uno de los zagales que pasan a la carrera ante su garita de oficial, brincando y chillando entre risas.

El muchacho rumia una brizna de heno: faltan horas hasta que finalice su guardia y la de los reclutas a su cargo. No le importa perderse el misterio frente a la catedral, el teatro de marionetas o a los cómicos llegados de Setúbal, ni las golosinas que ya le parece oler desde los tenderetes de la feria del Rossio; es solo que le había prometido a su novia un refrigerio y después un paseo a la orilla del Tajo, a la luz de la luna...

Pero su deber es custodiar las barras y el polvo de oro llegados de las costas de Brasil hace un mes. Además, como dice su padre, nadie más, ni siquiera el rey, tiene el privilegio de asentar sus posaderas encima de una fortuna de ochenta arrobas y diez contos de oro, aunque la escasez de su soldada no refleje a sus ojos la importancia de su misión. Hasta la fecha, nadie ha asaltado con éxito la Casa de la Moneda, ni piratas ni moros. Y Bartolomeu se ha prometido que, mientras de él dependa, nadie lo hará.

Un recluta bosteza ruidosamente a sus espaldas, ganándose un ladrido del alcaide que los acecha desde su ventana: de ese tipejo depende que el muchacho y sus reclutas puedan descansar a mediodía o tengan que permanecer clavados en su sitio seis horas más.

Sin mover la cabeza, el teniente empuja la brizna con la lengua hacia el otro carrillo. Confía en que la moza lo esperará. Y, si no, habrá otras: el día apenas ha comenzado y aún puede depararle sorpresas.

## 9:18 horas

A diez minutos a pie subiendo desde la Moneda a la plaza del Rossio, Manuel Madeira de Sousa, director del hospital de Todos los Santos, comprueba que ya están preparando los calderos de sopa de cordero con arroz para el almuerzo y descubre que un monje está descargando varias tinas de una carreta junto al saco de judías para la cena. Con satisfacción, comprueba que han sobrado varios cuartos de leche del desayuno: con cuatrocientos enfermos ocupando los tres pisos y las doce enfermerías, no suele sobrar comida.

–Traigo compota de pera para los enfermos, por la onomástica del hospital; es un donativo del convento de la Buena Hora –explica el monje.

–Gracias, padre; dedicaremos los rezos de hoy a vuestra comunidad.

Hace una hora que los médicos terminaron su ronda de visitas y el director revisa los bajos del edificio con la rapidez que confiere la rutina; en la lavandería, junto a dos tanques de colada, los legos recogen sábanas, paños y vendas. Luego sube a las salas de San Bernardo y San Cosme, donde los enfermos de fiebre, separados por sexo, siguen la misa desde sus camas gracias a la galería que da al altar de la iglesia en el centro del edificio. A continuación pasa por la sala de San Antonio con las fracturas y luego por la sala que acoge a sifilíticos; saluda a los nobles que ocupan la sala de San Vicente, y después a los cuidadores que han enfermado y se recuperan en la enfermería de los capuchinos.

No precisa recorrer las salas de abajo que alojan al personal y las oficinas, la botica o la sala de anatomía, que exhibe frascos con órganos y miembros conservados en alcohol; hasta que hiele no volverán a practicarse disecciones. Pero sí visita el torno de expósitos y el albergue

donde caben cuarenta mendigos; en días de feria, como hoy, siempre hay trifulcas entre lugareños y visitantes que beben de más y luego se rompen la crisma, pero de momento la calma reina dentro y fuera del hospital.

–Señor, venid, por favor –oye exclamar a Manuel Constanancio, un estudiante y sangrador que se dirige hacia él por el pasillo mientras el profesor Pierre Duffon le pisa los talones—. No puedo explicároslo, señor; tenéis que verlo. Por aquí, en la sala de los alienados...

### 9:19 horas

En su despacho del palacio frente al hospital, cruzando la plaza del Rossio en diagonal, Manuel Varejão e Távora, decano de la catedral de Elvas y presidente de la Inquisición, hojea un panfleto: cuenta la leyenda que en esa estancia se alojó, en su día, San Francisco Javier. Desde allí le llega el gorgoteo de la fuente y los salmos de Santo Domingo.

Ya ha oído misa allí, y antes de recibir a unos canónigos de Santarém aprovecha para leer las obras confiscadas esa semana con ayuda de unos lentes de marfil que resbalan por su nariz de cuervo. Algunas están en latín, portugués o italiano, pero otras están en inglés o alemán y necesitará a los traductores entre los familiares del Santo Oficio para separar las que merecerán su *nil obstat* de aquellas que serán incluidas en uno de los tres índices y terminarán en una pira.

El montón de pasquines y volúmenes sobre su mesa incluye también sainetes subidos de tono que incitan a la depravación, algo a lo que, como desgraciadamente sabe don Manuel, los lisboetas se prestan con gusto: pero no le preocupan en exceso y los deja de lado. La pérdida de la carne no reviste la gravedad que sí tiene perder el alma: es ahí donde su labor se topa con dificultades, y sobre to-

do con enemigos que socavan la fe desde el extranjero. Sus dedos tropiezan con la *Utopía* de Tomás Moro, una de cientos de obras confiscadas en lo que va del otoño.

¡Moro, canciller del reino, teólogo y mártir cuya defensa de la Iglesia frente al tirano Tudor le costó la cabeza! Y sin embargo también figura en el Índice, porque confunde las mentes con sus teorías sobre el ordenamiento de reyes y pueblos; otro tanto sucede con Erasmo... Comparados con ellos, los judíos, moriscos y protestantes le causan menos quebraderos de cabeza que la insidia que propagan justo quienes deberían ser campeones de la Iglesia.

Eso, sin hablar de los tratados que siembran la duda so capa de tratarse solo de obras de ciencia o de historia. ¡Malhaya el decreto que exime de la censura a las obras de la Academia de Historia, y permite al rey revertir toda sentencia de la Inquisición!

Moro pasa a engrosar el cajón que almacena a Maquiavelo, Kepler, Galileo y Spinoza. Mientras él viva nunca llegarán al escaparate de una librería, ni a la biblioteca de nobles y extranjerizados que las coleccionan solo por el placer de lo prohibido.

## 9:20 horas

En su alcoba del lupanar que regenta en lo alto de la calle Formosa, a unas cuadas del Rossio, Madriña reza por el alma del rey João V, muerto hace cinco años, y por su bebé, el bastardo que perdió hará treinta y cinco cuando era una quinceañera en el convento de Odivelas. Entonces, ella no sabía quién era el caballero que la requebraba a través de la celosía, ni que la abadesa era su rival por el afecto del rey. Lo supo cuando su embarazo se malogró y la abadesa, a punto de dar a luz a uno de los «muchachos

de Palhavã» engendrados por el rey, la expulsó del convento.

Tuvo suerte: mientras vivió, João V le concedió una renta que bastaba para alquilar esa casita en el Bairro Alto, lejos de la chusma y las tentaciones de Baixa. Acostumbrada a la frugalidad de las novicias, no le costó ahorrar: cuando murió el rey y cesó la renta pudo comprar la casita y acoger en ella a otras mujeres cuyas vidas también se habían torcido: huérfanas, viudas o abandonadas que ya solo poseían la lozanía de su cuerpo.

Abandonadas, pero no perdidas: Madriña ha renunciado solo al hábito, no a sus hábitos, e insiste en el aseo y el recato de sus pupilas, y en que vayan a confesarse cada día y a misa los domingos y fiestas de guardar. En vez de su parroquia de las Mercedes, donde abundan las beatas, acuden a otra iglesia cuyos curas son asiduos de su establecimiento, junto con oficiales y togados, y todos deben acatar los mandamientos de la casa: ni armas, ni licores, ni tabaco, ni blasfemias.

—Madriña, el pozo no trae agua, solo barro —oye decir a la Irlandesa a su espalda; su padre debió serlo, a juzgar por la melena de cobre que contrasta con su tez de angoleña—. ¡Qué raro! Tampoco la vecina tiene; vino con un cántaro a llenarlo.

—Pues que mande a su chico a la fuente y también nos traiga; ya le llevaremos huevos —replica. Termina sus devociones y, besando la estampa del rey que compró por mil réis, la coloca en un altar y se pone de pie—. Es la hora: enciende la lámpara, poneos la mantilla y vamos.

Hoy es la fiesta de Todos los Santos; podrá admirar las reliquias e invocar su protección para las pupilas, especialmente el cabello de santa Ana, patrona de las embarazadas.